

Subjetividad y fuentes orales en la escritura de la Historia: una reflexión a partir de un estudio sobre violencia en el *Estado Novo* portugués



Miguel Cardina

Centro de Estudos Sociais de la Universidad de Coimbra (CES)
miguelcardina@ces.uc.pt

Este texto plantea algunas notas sobre la relación entre subjetividad y fuentes orales en el proceso de escritura de la Historia. Para tal, tomase como punto de referencia una investigación sobre violencia y política, basada en una serie de entrevistas hechas a antiguos militantes de extrema izquierda entre las décadas de 1960 y 1970¹. Se trataba de hombres y mujeres (sobre todo hombres) que, debido a su actividad política durante el periodo final de la dictadura del *Estado Novo* (sencillamente entre 1965 y 1974), pasaron por las dependencias de la PIDE/DGS² y allí tuvieron que soportar la violencia física y psicológica de dicha organización policial. La tarea de tener que resistir a las torturas, así como la necesidad de tener que proteger a las organizaciones clandestinas en las que militaban, llevó a la creación de un conjunto de reglas de seguridad y de autocontrol que cada militante debía celosamente adoptar. Esos códigos de conducta decretaron, en última instancia, la regla de oro de no prestar declaraciones a la PIDE/DGS.

A pesar de la fuerte animosidad entre el Partido Comunista Portugués (PCP) y la extrema izquierda, emergente a partir de mediados de la década de 1960, la verdad es que estas nuevas organizaciones – principalmente las de cariz maoísta – imitarían a este respecto el modelo definido por el PCP en la década de 1940 - modelo que tuvo su máxima y más explícita expresión en el folleto *Se fores preso, camarada*, editado por el partido en 1947. La regla de no prestar declaraciones a la policía determinaría que se intentara que fuese posible crear una especie de silencio performativo en las salas de tortura. Permanecer mudo suponía la reiterada afirmación de una subjetividad política en riesgo. Por eso – y conscientes de que el objetivo de la tortura no era únicamente el de conseguir información, si no el de «convencernos de nuestra impotencia»³ – la PIDE/DGS intentaba accionar varios mecanismos para obligar al preso a hablar, lo que suponía, en la práctica, un proceso de erosión de su identidad militante.

La «cuestión del porte» era de tal forma relevante para la estructuración de la subjetividad política del preso, y para mantener las redes de sociabilidad en las que se encontraba, que el tema se mantuvo vivo incluso después del 25 de Abril de 1974. El carácter difícilmente superable de las experiencias vividas durante las torturas, por un lado, y la exigencia extrema de la norma de no hablar en las dependencias de la PIDE/DGS, por otro, hizo que esta cuestión permaneciese abierta a lo largo del tiempo. Parto pues de este tema para hacer una breve reflexión sobre el lugar que ocupa la subjetividad en la producción del conocimiento histórico y sobre el carácter dialógico –o sea, intersubjetivo– de las fuentes orales.

1. Miguel Cardina, *Margem de Certa Maneira. O Maoísmo em Portugal: 1964-1974*. Lisboa, Tinta-da-China, 2011. La relación entre tortura, subjetividad e silenciamiento a partir del uso de fuentes orales fue desarrollada en Miguel Cardina, «To Talk or not to Talk. Silence, Torture and Politics in the Portuguese Dictatorship of Estado Novo», *Oral History Review*, n.º 40 (2), 2013, pp. 251-270.

2. Polícia Internacional de Defesa do Estado/Direcção General de Seguridad. Estructura de vigilancia política del Estado Novo.

3. Jean-Paul Sartre, «A Victory», en Henri Alleg (2006), *The Question*. Lincoln: University of Nebraska.

Una de las formas de entender el entramado y las complejidades de esta dinámica entre historia y subjetividad ha pasado por las reflexiones producidas en el ámbito de lo que se fue acordando en designar como «Historia Oral». Adaptando distintos usos metodológicos y epistemológicos, la denominada Historia Oral ayudó a que se introdujeran cambios en la manera en que se perspectiva el lugar del sujeto en la Historia y abrió el camino a la reevaluación de la naturaleza de las fuentes orales. Nótese, a este respecto, que el recurso a la oralidad como fuente historia se remonta a un periodo muy anterior a la afirmación, en el siglo XIX, de la legitimidad exclusiva de las fuentes escritas. Y también se sabe que la palabra hablada sirvió para preservar modos socialmente relevantes de producción y transmisión del saber, sobre todo en grupos sociales «no hegemónicos». No obstante, los cambios tecnológicos que permitieron grabar y archivar las entrevistas y el interés cada vez mayor por registrar el pasado vivido — sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo diecinueve— fueron los hechos que hicieron que la Historia oral se convirtiera en el blanco de múltiples apropiaciones y se dotara de una creciente visibilidad, a pesar de las reservas recurrentes procedentes de una historiografía más tradicionalista.

La historia de la Historia Oral suele describir frecuentemente un camino de consolidación del campo que va desde la vida de los «grandes hombres» que tendría su momento fundador en las entrevistas desarrolladas a partir de 1948 por Allan Nevins en la Universidad de Columbia (Nueva York) — hasta el surgimiento de un enfoque que privilegiaba la voz de los «de abajo». Su origen norteamericano y un entendimiento categórico de esta transición desde la «historia de las élites» a la «historia social» deber ser cuestionada: la historia del uso de fuentes orales posee temporalidades que remiten muchas veces al terreno de los contextos nacionales y regionales en los que se pone en práctica⁴. De cualquier modo, hay que destacar que la Historia Oral se reveló — principalmente a partir de la década de 1970— como un poderoso vehículo de producción de una historia social que se empeñaba — para utilizar una conocida expresión de E. P. Thompson— en salvar de «la enorme condescendencia de la posteridad»⁵ aquellos sujetos que la historiografía clásica tendía a eliminar: trabajadores, negros, mujeres, indígenas, niños, minorías sexuales, colonizados, campesinos. En los últimos años del siglo XX, las fuentes orales también han sido usadas para producir una reflexión crítica sobre la frontera entre lo público y lo privado (principalmente a partir de una historiografía de cariz feminista⁶) y para cuestionar los legados de la violencia en la contemporaneidad, apelando a debates sobre el lugar de los testigos y el estatuto de las «víctimas».

A partir de la década de 1970 e 1980, bajo la influencia del llamado *cultural turn*, surgió de manera más evidente la idea de que las fuentes escritas utilizadas por el historiador no eran espejos transparentes que nos permitieran el acceso directo al pasado. Eran documentos restringidos por cada contexto de producción, con retóricas propias, con frecuentes marcas subjetivas, y marcados siempre por una diferencia temporal — unas veces mínima y otras considerable— entre el hecho al que se refieren y la producción del documento. Muchas veces esas fuentes escritas se basaban en testimonios orales, aunque comúnmente esta situación sea desconsiderada. Es el caso de alguna documentación de cariz policial que consulté en los archivos de la PIDE/DGS, que están en la Torre do Tombo en Lisboa. En el trabajo de investigación al que he aludido al principio, pude darme cuenta de que esas fuentes son de gran riqueza, pero también presentan problemas asociados a la manera en que fueron construidas. O sea, estamos ante documentos cuya primera intención consistía en poner en práctica una persecución eficaz del «enemigo», lo que levantaba, por parte de este, estrategias de disimulo y resistencia que no dejan de reflejarse en los autos de declaración de los presos. Además de eso, también es evidente que se omiten muchos datos, o por incapacidad y desconocimiento de la policía, o porque su propio *modus operandi* demandaba que ciertos aspectos permaneciesen opacos. El ejemplo más evidente

4. Véase, por ejemplo, Pablo Pozzi (2012), «Historia Oral en América Latina», *Oral History Forum d'histoire orale*, n.º 32. Para una visión sobre el proceso en Portugal, véase: Luísa Tiago de Oliveira (2010), «A história oral em Portugal». *Sociologia, Problemas e Práticas*. N.º 63, pp. 140-156.

5. E. P. Thompson (1963), *The Making of the English Working Class*. Vintage Books, p. 12.

6. Véase, por ejemplo, Sherna Berger Gluck e Daphne Patai (1991), *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*. Londres e Nova Iorque: Routledge.

es el de la aplicación de técnicas de tortura cuyo conocimiento contemporáneo –del modo como eran practicadas y de sus efectos posteriores– se beneficia bastante con el recurso a testimonios escritos y orales de quien los sufrió.

Regresando al trayecto de la Historia Oral, es importante señalar que una cierta mirada ingenua y algo paternalista con el objetivo de «dar voz» a las clases subalternas levantaría algunos interrogantes en las décadas siguientes. Las fuentes orales se utilizarían de un modo creciente con la conciencia de que toda entrevista de Historia Oral es un producto narrativo que consiste en una evocación en el presente de experiencias pasadas. Gran parte de las críticas dirigidas a la Historia Oral –por usar las fuentes orales sin atender a las «contaminaciones» de la memoria, por tomar lo dicho como verdadero sin hacer una crítica adecuada de las fuentes, etc.– parecen desconocer la reflexión que se ha hecho sobre ellas en las últimas décadas y los diferentes usos que se han hecho de ella en la práctica historiográfica. Efectivamente, a una actitud defensiva –que pretendía demostrar cómo el uso de las fuentes orales podría ser tan válido como el uso de las fuentes escritas para reconstruir el pasado– se sumó una actitud celebradora, que pretendía ahora demostrar que el interés por recurrir a fuentes orales se encuentra precisamente en lo que existe en ellas de específico.⁷

Pasa a reconocerse que las fuentes orales tienen una credibilidad diferente. O sea, además de su validez factual, el análisis del error, del desvío, de la imaginación, del deseo o de los silencios permiten la consideración de los significados concedidos a determinados eventos o de los modos cómo, en términos históricos, sociales, políticos y culturales, se concretizan las dinámicas de evocación del pasado. En segundo lugar, se asume que las fuentes orales son las fuentes narrativas, lo que obliga a reflexiones relacionadas con la estructura, el ritmo y la performatividad del discurso. Finalmente, se toma conciencia de que las fuentes orales son fuentes subjetivas e intersubjetivas. Dicho de otro modo, convocan al recuerdo y son el resultado de un encuentro, situado en el tiempo y en el espacio, entre por lo menos dos sujetos.

*

Se puede afirmar, entonces, que el proceso de la escritura de la Historia partiendo de fuentes orales obliga a considerar el papel que en este proceso desempeña la subjetividad. En verdad, ella está presente en la escritura de la Historia con cualquier tipo de fuentes, pero aquí adquiere características propias. De hecho, el investigador/a interviene en el objeto que observa, no solo a través del prisma que adopta o de los problemas que define como centrales, sino también por vía de su participación activa en el proceso de construcción de la entrevista, esto es, de la propia fuente. Volviendo a mi tema, al releer las transcripciones de las entrevistas posteriormente me fue posible detectar varias preguntas que contorneaban la cuestión de la tortura y del comportamiento del preso ante ella. En el fondo, presentía que la relación empática entre el entrevistado y el entrevistador pudiese ser puesta en causa. O, de otro modo, intentaba tener en cuenta la advertencia de Pierre Bourdieu sobre el riesgo de violencia simbólica que puede asociarse a la entrevista⁸. Era como si no tuviese derecho a provocar el prolongamiento de lo que la dictadura –y la dureza de la regla de no hablar, independientemente de consideraciones sobre si era justa o no– había producido.

Esto exige tener en cuenta de qué forma el entrevistador es un elemento activo en la entrevista, pero también destacar el hecho de esta ser más que un simple proceso unidireccional de recogida de información y de relatos. Establecer que la entrevista es un diálogo significa entender que las preguntas del investigador/a –y también su presencia, su agenda de investigación, los (pre) conceptos que transporta– influyen en el proceso compartido de construcción de la fuente oral. Tal como influyen el contexto y

7. Este cambio paradigmático fue particularmente visible en las obras de Alessandro Portelli y Luisa Passerini. Sobre esta transformación véase: Lynn Abrams, «Memory as both source and subject of study: The transformations of oral history», en Stefan Berger e Bill Niven, *Writing the History of Memory*, Londres e Nova Iorque, Bloomsbury, 2014, pp. 89-110.

8. Pierre Bourdieu (1993), *La misère du monde*. Paris: Seuil. Las reflexiones del sociólogo sobre el trabajo con entrevistas se encuentran desarrolladas esencialmente en el capítulo intitulado «Comprendre» (pp. 903-939).

9. Rebecca Clifford, «Emotions and Gender in Oral History: narrating Italy's 1968», *Modern Italy*, n.º 17 (2), 2012, pp. 209-221.

las narrativas dominantes sobre los eventos en consideración, designadas por Rebecca Clifford como una especie de «*third person in the room*»⁹. Las memorias hegemónicas, las convicciones ideológicas, la cultura compartida, la audiencia esperada o los pares ausentes en el momento pueden tomar lugar en la entrevista. Si quisiéramos, y para poner las cosas de otro modo, la historia se hace por individuos, pero los individuos están influidos por estructuras culturales, por marcadores de clase, raza o género, por visiones sobre el pasado y por ideales de comportamiento.

10. Graham Dawson (1994), *Soldier Heroes: British Adventure, Empire and the Imagining of Masculinities*. Londres y Nueva York: Routledge, p. 22.

Conceptos como el de «composición» han servido para pensar la relación entre sujeto e historia. Como señala Graham Dawson, el acto de narrar consiste en administrar las imágenes del pasado en las que «aspectos problemáticos y perturbadores pueden ser controlados, retenidos o reprimidos», de modo que la versión producida permita al sujeto sentirse cómodo en el presente y adecuarse a la imagen que tiene de sí mismo y que los otros tienen de sí mismo¹⁰. Regresando al tema que ilustra esta reflexión, hubo quien colocase como contrapartida a la concesión de entrevistas que no se abordasen las experiencias sufridas durante la tortura, estableciendo un espacio de refugio íntimo que se debería mantener inviolable; o incluso quien revisase sus memorias para que la experiencia vivida se identificase con la norma exigida y la autoimagen deseada. La llamada «cuestión de porte» - hablar o no en la policía - se rebelara un elemento crucial para la definición de la imagen con la que se construye el sujeto para sí mismo y para los otros, llevando a que las memorias que lo evocan fuesen silenciadas o recompuestas, y mostrando de este modo cómo el pasado permanece activo y con significado en el presente.

El uso de fuentes orales en la escritura de la Historia nos permite considerar pues la subjetividad como un proceso relacional que se desarrolla de dos maneras. Por un lado, el trabajo sobre la memoria que se comienza en las entrevistas se apoya en la subjetividad de quien narra y en la subjetividad de quien invita a la narración y busca a partir de ella construir fuentes que le permitan producir Historia. Por otro lado, entre la percepción del papel de la agencia en la modelación de la historia y el posicionamiento de corte estructuralista que entiende que la subjetividad está determinada por lo social y por las estructuras externas que el individuo internaliza, fue tomando cuerpo la idea de que el uso de las fuentes orales permitiría acceder a formas particulares de pensar los dos polos de la cuestión. De este modo, el carácter intersubjetivo de la memoria radicaría entonces en el modo en que esta se presenta dialécticamente abierta a la historia, a los cuadros mentales y a los mecanismos que instituyen lo social. Y esos mecanismos están siempre presentes, incluso de forma inconsciente, en los testimonios que nos son ofrecidos.